

LLOVET, J. (2011). *Adiós a la universidad. El eclipse de las Humanidades*. Trad. Albert Fuentes. Barcelona: Galaxia Gutemberg, 379 pp. ISBN 978-84-8109-920-1.

Cuando, hace años, accedí como profesor asociado a la universidad, mi motivación e ilusión no difuminaron el asombro y, a veces, perplejidad que me producían ciertas situaciones, tanto académicas como de organización, que ocurrían con normalidad, y que, sin embargo, a un observador externo le resultaban, cuando menos, anacrónicas. Más de diez años después, mi perplejidad no sólo no ha disminuido, sino que se ha incrementado, en proporción directa a los cambios que se han producido en el sistema educativo (y no sólo en el universitario). Sirva esta introducción para comentar un libro que viene a dejar constancia de que esas perplejidades no son un asunto personal.

La polisemia del título lo es también del contenido. El autor, nacido en 1947, se jubiló en 2008, habiendo sido catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada de la Universidad de Barcelona, en parte por su rechazo a la reforma propiciada por el Plan Bolonia, y se despide de la universidad haciendo balance de sus muchos años de dedicación con este libro. También en el título va implícita su consternación por la pérdida del carácter cultural que ha caracterizado a esta institución educativa. El libro, propio de un humanista en su sentido clásico, desbordante de conocimiento y erudición, salpicado de anécdotas autobiográficas, algunas de las cuales

provocarán en el lector la más abierta de las carcajadas, tiene como finalidad la reflexión pausada y el debate sereno. A lo largo de sus 12 capítulos y 3 apéndices, el autor hace un repaso intelectual (más que cronológico) de su vida, de la institución universitaria y de las disciplinas humanísticas.

Como miembro, que soy, de la comunidad universitaria (y también de la no universitaria) en el ámbito educativo, me referiré a algunas de las ideas que considero polémicas en sí mismas, y que no siguen necesariamente el orden en el que aparecen a lo largo de la obra.

Al referirse a la evolución de los planes de estudios universitarios, lo hace relacionándolos con los planes de estudios anteriores a la universidad y, lógicamente, con los estudiantes: «De todos los colectivos que forman la universidad, el que siempre me despertó mayor respeto, mis maestros aparte, fue el de los estudiantes, especialmente los de primero de carrera. Éstos presentaban una ignorancia fenomenal, o como decía Blecua una “ignorancia estupenda”. Estos estudiantes eran víctimas de unos planes de estudio que han llevado a este país a la situación de ruina cultural en que se encuentra».

Ya antes del Plan Bolonia se produjeron reformas en los estudios y en las facultades, orientándose hacia una especialización que, según el autor, no hizo sino contribuir al deterioro cultural de nuestros egresados. Desde luego, ninguna estima tiene por ciertos profesionales: «Se pasó de la facultad de Filosofía y Letras a diferentes facultades especializadas. El espíritu humanista quedó desgajado. Un estudiante

de Virgilio nada sabe de Dante..., un estudiante de Shakespeare no conoce el reinado de la reina Isabel..., y los estudiantes de pedagogía o psicología no saben nada de nada». En cierta forma, asigna parte de culpa respecto a la situación ínfima de la calidad en la que se encuentra la enseñanza universitaria a los pedagogos, como «colaboracionistas» de la reforma: «Se apresuran los pedagogos a aturullarnos día y noche con propuestas de reforma de los métodos de enseñanza y el uso de las nuevas tecnologías...». Para llegar a la conclusión de que «Uno de los mayores problemas de la enseñanza universitaria... reside en que los jóvenes no poseen formación alguna, y no sienten la menor necesidad de poseerla, acerca de todo lo que la historia ha acumulado a lo largo de los siglos... En este sentido, llegará un día en que antiguas disciplinas que exigen un “viaje hermenéutico” algo complejo, no podrán ser ni explicadas ni discutidas. Nos encontramos en una época dominada por la “tiranía del momento”».

Esta última idea está presente en todo el libro, pero es abordada con mucha más profundidad en dos de los capítulos finales, aportando diferentes matices. Todo este devenir no ha afectado sólo a los estudiantes; la situación se ha hecho extensiva de forma implacable a los profesores: «Las universidades se hallan dominadas en demasía, en estos momentos, por individuos desprovistos de la menor pátina de lo que llamamos ‘pasión intelectual’, expresión que en opinión del autor quiere decir poseer, a un tiempo, una pasión por el conocimiento, un interés por la educación y por la política, y

una cierta preocupación de orden moral que lo arropa todo». Esto se debe al pernicioso sistema de selección de profesores que, con la llegada de las Agencias de Evaluación y Acreditación, han condicionado de tal modo la carrera docente que lo que importa es publicar a toda costa, y cuanto más mejor. Cantidad vs calidad: «Cuando me preguntan por qué apenas he escrito, respondo siempre de una manera muy clara e indiscutible: mi trabajo era y es enseñar; soy profesor de literatura y lo seré hasta que me muera aunque no tenga ni alumnos ni auditorio. Los oficios de escritor, de publicista o de investigador son otra cosa. Como mucho, añadiría, a mi condición de profesor la de estudiante de continuidad perpetua, que me gusta enormemente».

Esta debacle empieza por el doctorado, pues es imprescindible para estabilizarse en la docencia universitaria. «Los cursos de doctorado son una falacia. Muestran los intereses de quienes los imparten. Son clases magistrales que arruinan el progreso intelectual de los profesores y la formación crítica y el aprendizaje de los alumnos en el arte de pensar por sí mismos. Peor es el proceso de elaboración de la tesis doctoral... Cuando se culmina se está muy preparado en cualquier menudencia, pero más alejado que nunca de los conocimientos generales que debería poseer un futuro profesor de calidad». Y todo esto es extensivo a los másteres. Recuerdo que en cierta ocasión asistí a un programa internacional, organizado por una universidad española para docentes no universitarios. El caso es que cada uno de los presentes tenía opción, bajo el formato de ponencia,

a presentar alguna experiencia o investigación que estuviese llevando a cabo en su centro docente y que considerase innovadora hasta cierto punto. A mí siempre me ha molestado el «ninguneo» al que han sido sometidas las buenas prácticas llevadas a cabo por maestros y profesores de secundaria, por parte de las autoridades académicas y por las universidades. Cuando llegó mi turno, aludí a la misma cuestión, y con las mismas palabras del Quijote, que lo hace el autor en su libro: «Hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que, después de sabidas y averiguadas, no importan un ardite al entendimiento ni a la memoria». En mi caso, los organizadores, que hasta entonces habían sido todo amabilidad, prácticamente me retiraron la palabra; el traductor me reprochó por no haberle advertido de que iba a hacer una cita del Quijote, y los participantes se mostraron entusiasmados y aquellos que más o menos conocían algo del castellano, me pidieron, uno tras otro, que les escribiese la cita en sus cuadernos. «La ilusión de enseñar desde un lado del aula, y la de aprender desde el otro solía desaparecer en los alumnos que habían terminado ya el primer curso. Y esto era por culpa de la falta de normas y de la capacidad pedagógica de los profesores. Ello se debe al énfasis que se pone siempre en la investigación por parte de los garantes de la enseñanza universitaria en lugar de ponerlo en la docencia: otro de los grandes malentendidos de la vida académica al menos en el

caso de las carreras humanísticas». Los temas de doctorados y másteres son absolutamente escandalosos de tal suerte que «La cantidad de tesis doctorales absurdas que descansan en los anaqueles de los decanatos de las facultades de Letras es de tal envergadura y su contenido llega a unos extremos tales de indigencia intelectual que mejor sería que la palabra “investigación” desapareciera de los cometidos que se supone que deben formar parte del currículum de un doctorando o de un profesor de universidad».

Sus argumentos contra el *Plan Bologna*, su rechazo matizado a las nuevas tecnologías, su apuesta por la «aristocracia del mérito»... (que por falta de espacio dejo para el lector) son dignos de análisis detallado.

No se despide, sin dar soluciones a tamaño desastre, aunque es algo reticente a considerar que esto pueda ser enderezado a corto plazo: «El autor considera importante retroceder hasta formas pretecnológicas de la enseñanza, de la información y de la discusión intelectual, en las que haya quedado incólume la dignidad de la palabra y la posibilidad de generar razonamiento, conocimiento, conversación y sabiduría comunal». Terminamos con sus palabras, propias de un humanismo que iluminó con su cultura épocas más oscuras: *Ave et vale*.

Francisco de Pedro Sotelo

UNED